

LA A. C. N. DE P.
EN LOS MOMENTOS
ACTUALES DE LA
IGLESIA Y DEL
MUNDO

— Secretaría Nacional de la Asociación —

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas fue fundada en 1909 por el P. Ayala y D. Angel Herrera. De esta Asociación salieron hombres y obras que han tenido influencia notable en la vida de nuestro país: la A. C. Española, «El Debate», «la CEDA, La Editorial Católica, fueron creadas por sus hombres. Hoy solo tienen lazos jurídicos con ella el Colegio Mayor de San Pablo y el Centro de Estudios Universitarios. Los textos que nos han enviado los dirigentes de A. C. N. de P. refleja el momento de revisión y renovación que atraviesa la Asociación.

I.—LA A. C. N. DE P. Y EL MUNDO

NUNCA como en estos momentos, el hombre se ha sentido tan perplejo ante las grandes mutaciones de los tiempos.

Los avances de la técnica científica y las metas alcanzadas por la revolución tecnológica, hacen preguntarse al hombre sobre su futuro, sobre su propia transformación y la del mundo.

Multitudes de problemas políticos, sociales y morales nos angustian. Las guerras, las grandes revoluciones, los aumentos de la población, las transformaciones de la familia, la Universidad, las comunidades religiosas son objeto de nuestra atención y de nuestro temor. El reconocimiento de que la naturaleza tiene sus leyes y de que el hombre va produciendo su propio futuro, nos colocan ante una difícil encrucijada. El Concilio ha dicho: que «aunque el hombre extiende su poder en todas las direcciones, no siempre logra subordinarlo a su propio bienestar. Esforzándose por penetrar en lo más recóndito de su inteligencia, frecuentemente aparece menos seguro de sí mismo. Poco a poco y cada vez con más concreción, expone desnudas las leyes de la sociedad, para quedar meramente paralizado por su incertidumbre ante la dirección que tiene que darlas».

Es un mundo, como dice un autor, «sutilmente incómodo, de órdenes burocráticas manipuladas por personas y fuerzas anónimas».

Los jóvenes piensan en una época mítica en que la bondad del hombre pueda desarrollarse sin inhibiciones de ninguna clase. Los mayores se sienten repelidos por la moderna sociedad urbanizada y desesperan. Unos caen en el agnosticismo o el realismo, sin querer aceptar una responsabilidad, perdida toda esperanza. Otros en un optimismo, de seguridad, alejados de la realidad del mundo en el que viven.

Encontrar un camino de esperanza cristiana con la convicción que poseemos acerca del destino del hombre, y la responsabilidad que nos incumbe en un mundo en transformación, es nuestro problema. Hallar una esperanza de acción, es la solución que como cristianos debemos adoptar para una acción responsable, apoyados en la gracia de Dios.

El Reino de Dios es un don que no puede heredarse por la carne y la sangre y los cristianos debemos esforzarnos por lograrlo con aquella esperanza en la acción responsable que le obliga a rechazar el conformismo ante las situaciones actuales.

II.—MOMENTO DE LA ASOCIACION

¿Y qué hacemos nosotros, pequeña parcela del pueblo de Dios, en esa esperanza en la acción?

Diríamos que, en estos años, hemos hecho un gran esfuerzo por colocar a la Asociación a niveles conciliares. Hemos tenido conciencia del cambio aplicado en la Iglesia y hemos procurado colocarnos a la altura de esta nueva época primaveral. Evitando, sin radicalismos, las situaciones de poder; las simbiosis de poder civil y vida asociativa, hemos pasado a tomas de posturas de conciencia crítica; hemos permitido la integración en sus filas de hombres con actitudes distintas, incluso rescatando muchos de los que se fueron, aunque manteniendo la unidad ideológica; incorporando al mundo juvenil, en la medida en que se han ido sintiendo llamados a una perspectiva más joven; y abriendo

460

las puertas a la mujer, con plenitud de derechos y deberes, y fomentando la vida sobrenatural de sus miembros, la Asociación ha recorrido un camino lleno de dificultades, pero necesario para tomar conciencia en la actualidad eclesial, para actualizar su ideología, restaurar su espiritualidad y hallarse en condiciones de aceptar el compromiso que le pide la Iglesia y el País en este momento histórico.

En esta actitud renovadora, o refundadora, es decir, encontrar caminos nuevos para los fines asociativos, y volver a crear en un mundo distinto bebiendo en las fuentes originarias, no cabe duda de que se han producido desgarros dolorosos y que todos hemos sufrido las naturales contrariedades, los sinsabores y quizá las incomprendiones y distanciamientos que se oponen a un esfuerzo por encontrar en las primeras fuentes la envidia cristiana que nos permita vigorizar y actualizar nuestra esperanza.

Pero el camino se ha recorrido. Se han puesto las primeras piedras del nuevo edificio. De todos nosotros depende ahora que sepamos albergar en él la limpia mirada de una Iglesia que se hace nueva en su eternidad, vuelta al mundo en su transcendencia hacia el más allá, dialogante y mensajera.

Como se ha dicho por un propagandista, en las últimas Asambleas de Manresa y La Granja ha comenzado para la Asociación su etapa refundadora y su espíritu de renovación es tan general y profundo, que se espera que recobre los bríos y el espíritu de lucha de los años 10, para que ejerza una influencia definitiva en la vida de nuestro país, como corresponde a una Asociación que se propone establecer en la sociedad el Reino de Dios y su justicia.

Paralelamente a la Iglesia, la Asociación está en el punto de partida de una nueva etapa. Nuestra obligación es hacerla posible, vivir intencionalmente sus objetivos comunitarios y llevar el mensaje de amor, puro y transparente como hábito de Dios.

III.—ACCION RESPONSABLE. REALIDADES Y MEDIOS DE ACCION

Sin embargo, esta toma de actitud, esta renovación exige inmediatamente una acción responsable.

Grandes son los problemas que tiene planteados la Iglesia, dentro y fuera de ella. Estas cuestiones, junto a las situaciones conflictivas mundiales, van a exigir de nosotros una reforzada atención y una entrega sin límites.

Para responder a nuestra fidelidad y compromiso, necesitamos reflexionar hondamente sobre estas realidades y nuestros medios de acción. Darnos cuenta de que tenemos el deber de iluminar a ese complejo mundo y restaurar la unidad eclesial. Y disponernos a hacerlo con lo mejor de nuestro ser y de nuestras posibilidades. Para ello:

461

A) Restauremos nuestra vida religiosa con *una espiritualidad viva*, que nazca del amor a Dios, ese misterio insondable que nos ama y nos asiste con su gracia; esta es la raíz de nuestra acción apostólica. Esta referencia a un principio superior trascendente e inmanente que es Dios, permitirá con palabras del Papa, que la acción humana adquiera su pleno significado.

Fieles a la Iglesia; a su doctrina y orientación pastoral juzgando y obrando en la vida pública a la luz de sus enseñanzas, unidos en el amor a Cristo, Señor y Cabeza de su Cuerpo místico, nos permitirá ser una comunidad que de ejemplo de fraternidad cristiana.

Unidos en la caridad; hermanos en el pensar, queriendo obrar; animados por una fe que trasciende a todas nuestras acciones, mensajeros de la buena nueva, esta forma ejemplar de comportamiento evitará nuestras contradicciones y resaltará nuestra palabra. Espiritualidad basada por otra parte en criterios que el Papa ha definido como de autenticidad, que conduce inmediatamente a una crítica audaz del ambiente, de la costumbre, de la sociedad y que pone en movimiento el acto personalísimo que se llama conciencia; lo que exige la guía de una luz interior que es la razón que, a su vez, revela una referencia a un principio superior, que es Dios.

B) Por otro lado, *una formación adecuada*, actual y permanente, nos permitirá vivir los tiempos con la altura y la penetración necesaria. Necesitamos revisar nuestros métodos de trabajo, para una adecuada formación y difusión del evangelio. Con palabras del Cardenal Herrera, nuestra fe debe ser viva, pero también ilustrada.

C) Como Comunidad cristiana, es imprescindible una *clara línea definitoria* en una triple dirección.

— Afirmar nuestra ideología, mediante una búsqueda entre las tendencias ideológicas, con la imaginación suficiente para encontrar nuevas formas democráticas, sin calificativos, pero de raíz cristiana, para un nuevo tipo de civilización.

— Esto traerá consigo, el desterrar aquellas posturas desintegradoras y personalistas y aquellas otras que fomentan la dictadura de los espíritus, o no reconocen a Dios trascendente y creador y que interpela a través de todos los niveles de lo creado al hombre como libertad responsable.

— Analizar y examinar con serenidad y caridad la situación de nuestro país, de sus realidades, políticas, sociales, económicas y religiosas y deducir principios de reflexión según la doctrina de la Iglesia. Ello nos

llevará a tareas importantes, como la restauración fraterna de los católicos, luchando por resolver las tensiones internas de la Iglesia española y a esperanzar a la sociedad civil, mediante la puesta en práctica de las grandes reformas que permitan la mejor convivencia de todos los sectores y niveles en el consensus democrático.

— A tomar las opciones y compromisos que sean necesarios para realizar aquellas transformaciones sociales que piden los tiempos, después de un diálogo con los demás cristianos y jerarquía y hombres de buena voluntad, sin calificativo religioso o no religioso.

D) Como Asociación apostólica, y dentro de aquella unidad ideológica, y con la caridad cristiana necesaria para una recíproca comprensión, admitir la diversidad de opciones temporales, individuales y colectivas, de sus miembros, favoreciendo su creación, para que sin calificativos confesionales, y en unión de otros españoles, ofrezcan planteamientos de base con participación del pueblo, faciliten soluciones técnicas a sus problemas y ordenen la justa convivencia.

E) Especial cuidado de la formación integral de nuestros miembros, especialmente de los hombres que se nos acerquen, con una preferente atención hacia los que cursan estudios profesionales en nuestras obras, que deben un ejemplo de virtudes cristianas.

F) Finalmente, una Asociación que respeta las leyes de las realidades temporales, que admite lo que de bueno tienen estas realidades, así como la conciencia y libertad del hombre, pero que rechaza el poder por el poder; la manipulación, como ayuda y sostén de situaciones privilegiadas, y que aspira a servir con desprendimiento, a hacerse voz de los que carecen de ella y a dar evidencia de la verdad que poseemos en el campo social y en los demás sectores de la convivencia humana.

No rechazamos el poder ni las cosas creadas, hechas por Dios para el servicio del hombre. Pero fuimos de las simbiosis cristianismo-poder civil, o de la concepción de asociación instrumento por o para el poder. El propagandista puede acceder al poder bajo su propia responsabilidad, pero procurará evitar las confusiones, dará testimonio de su condición de cristiano y manifestará, cuantas veces sea necesario, que no compromete ni a la Iglesia ni a la Asociación, lo que se confirmará con su conducta en la toma de decisiones.

Con estos antecedentes, parece un hecho irreversible, si no que remos caer en posturas superadas, marcamos las trayectorias del futuro. En estos momentos, no se trata tanto de posturas, sino de directrices de acción.

- a) En la *vida espiritual*, preguntándonos cómo adquirir conocimiento más profundo de Dios, de su Iglesia y cómo vivir nuestra fe comprometida y encarnada.
- b) En nuestra *formación* de seglares, para un mundo desecristianizado y materializado, con nuevas costumbres y géneros de vida, dinámico y social, dueño de su futuro por la técnica.
- c) En la *difusión del mensaje*, tarea primordial del cristiano cuando la familia clásica se tambalea y la moral se resquebraja y el hombre está ganado por humanismos de signo contrarios. Infundir este espíritu cristiano, de contradicciones y sacrificios, cuya meta es la cruz. Alcanzar con nuestra palabra y nuestros medios de comunicación, esos hombres que exigen cambios estructurales, mejor y reforma de situaciones, meta de igualdad de oportunidades, participación y diálogo.
- d) En nuestra *propia organización interna*, necesitada también de grandes cambios, de una financiación adecuada, de promoción de nuevos miembros, de incorporación constante de nuevas generaciones, de una exigencia en el cumplimiento de nuestros deberes, de unidad en la caridad, de fe en su vigencia, de entrega, de esfuerzo, de generosidad.
- e) En nuestra *actitud de servicio* para los demás, formando hombres para estos tiempos, creando obras que sean testimonio cristiano, luchando por la paz de los espíritus, combatiendo el hambre, las desigualdades y las opresiones, siendo en una palabra, comunidad, pequeña comunidad viva, inserta en la Iglesia y vocacionalmente inclinada hacia las realidades temporales.

Sobre muchas cosas necesitamos de reflexión. La redacción del Ideario espiritual y de pensamiento dará también ocasión para ello. Los nuevos Estatutos serán por otra parte el cauce jurídico de esta nueva etapa, que no es puro capricho, sino la consecuencia de una Iglesia que se ha hecho misionera y ha pulido su presencia, haciéndola más bella, limpia y pulcra.

La Asociación no puede admitir ya ni deserciones, ni ambigüedades, ni tibiezas. Todos unidos en una tarea común de apostolado sepamos responder a la vocación o llamada de Dios, que es la razón de nuestra existencia.

ANTEPROYECTO DE IDEARIO ESPIRITUAL DE A. C. N. DE P.

1.—La espiritualidad de la Asociación viene determinada por su carácter de grupo eclesial, privado, seglar, apostólico, de hombres con una preocupación específica por la mejora de las instituciones y estructuras sociales.

2.—Como grupo eclesial católico, la espiritualidad de los miembros de la Asociación, se funda, ante todo, en la triple fe en Dios, en Jesús, Hijo de Dios, y en la Iglesia, obra de Jesús.

3.—La fe en Dios lleva consigo:

- la convicción de que El es el único Absoluto, y que todas las demás realidades (cultura, bienes materiales, nación, Estado, ideologías...) tienen un valor finito que nunca puede ser divinizado;
- la apertura en la oración, acto supremo de la vida humana, al fundamento sagrado que subyace a toda realidad mundana, como el Dios «en quien nos movemos, vivimos y somos» (*Hechos de los Apóstoles* 17, 28);
- el descubrimiento de Dios en el encuentro con el prójimo, con el que compartimos la misma tendencia hacia El que sentimos en el fondo de nuestro corazón;
- la conexión estrecha entre vida cotidiana y liturgia, de tal modo que, mediante los signos litúrgicos sepamos ver la hondura sagrada de toda realidad profana: familia, amistad, trabajo, vida social.

4.—La fe en Jesús como el Hijo de Dios exige:

- ver en su revelación de Dios como Amor la expresión suprema de la religiosidad;
- buscar en su ejemplo y su enseñanza el modelo al que ajustar nuestra existencia individual y asociativa; y la norma suprema que nos obliga a revisar constantemente la autenticidad cristiana de actitudes e ideologías;
- encontrar en la comunión con su Cuerpo y su Sangre el signo eficaz de nuestra entrega a Dios y a los demás seres humanos;
- profesar una devoción especial a María, madre de Jesús.

5.—La fe en la Iglesia Católica como la verdadera Iglesia de Jesús significa:

- proclamar la fidelidad activa de la Asociación y de sus miembros a la doctrina y a la orientación pastoral de la Iglesia. No se trata de una simple obediencia inerte, ni de un mero servicio instrumental, sino de un diálogo con el resto de la Iglesia, en el que los miembros de la Asociación aportarán, como seglares, su experiencia

directa y su conocimiento técnico de las realidades temporales, así como su preocupación por los urgentes problemas de la época en que vivimos, aceptando siempre la última y suprema decisión del Magisterio;

- vivir el Cristianismo con una dimensión comunitaria que ha de manifestarse dentro de la Asociación en un clima de verdadera fraternidad;
- contribuir a que la Iglesia realice cada vez más perfectamente su misión, de un modo especial en lo que respecta a las realidades seculares: primeramente, tendiendo con eficacia a ser una *comunidad ejemplar* que da a la sociedad civil el modelo de una plena solución de los grandes problemas comunitarios de nuestro tiempo; la coordinación entre libertad y autoridad, y la justa distribución de los bienes;
- ejerciendo, en segundo lugar, su función de *conciencia crítica* de la sociedad civil, haciéndose voz de los que no tienen voz, recordando a todos oportuna e inoportunamente que hay muchos hombres que pasan hambre que no tienen vivienda, que carecen de la educación básica, que son oprimidos por otros hombres;
- formulando, en tercer lugar, las líneas fundamentales de una concepción cristiana, adecuada a cada momento de la evolución histórica, de la vida familiar, profesional, cultural y social, que no se limite a fijar los límites morales sino que muestre las posibilidades de perfeccionamiento cristiano que tales actividades ofrecen.

6.—De acuerdo con su vocación apostólica, los miembros de la Asociación considerarán meta fundamental de su vida el transmitir con el testimonio de la palabra y el ejemplo, el mensaje cristiano, haciendo suya la frase paulina: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (1.ª a los Corintios 9,16).

7.—En cuanto laicos cristianos, los miembros de la Asociación tienen como vocación específica la de «tratar y ordenar según Dios los asuntos temporales» (Lumen Gentium, n. 31). Su vida cristiana se define, pues, en el modo de vivir el trabajo, la familia, la cultura, las relaciones sociales.

8.—El trabajo es la proyección del hombre sobre la naturaleza para incorporarla al proceso de realización de la persona humana de la sociedad. Dios destina al hombre a dominar el cosmos, con lo que está en esencial relación, pues sólo así el hombre puede ser verdaderamente hombre. Tomando del mundo los medios de subsistencia y ejercitándose en el conocimiento, el amor y la libre decisión respecto del mismo, desarrolla el hombre sus potencias, descubre su propia interioridad, se libera del imperio absorbente de las necesidades primarias, cumple el deber de justicia de pagar a la sociedad lo que de ella recibe, ejerce la caridad ayudando al prójimo, y toma sobre sí

parte de gozo y de dolor que Dios ha querido que acompañe al esfuerzo humano. Será, pues, exigencia ineludible de todo miembro de la Asociación esforzarse para conseguir que la sociedad reconozca la dignidad de todo trabajo, y el derecho y el deber a trabajar, y retribuya justamente la labor realizada; por su parte verá en el ejercicio eficaz, exacto y generoso de su profesión uno de los elementos fundamentales de su vocación de la santidad.

9.—La familia es, a un tiempo, la expresión del amor y la escuela para el amor. Ningún otro ámbito exige más imperiosamente que se realice la frase de Jesús: «mejor es dar que recibir» (*Hechos de los Apóstoles* 20, 35). Sólo en la plena entrega mutua (que entre los esposos se expresa especialmente por la donación física), en la que el interés de los demás sea antepuesto al propio y todo egoísmo quede eliminado, encontrará la familia su fundamento inmovible, a través de la inevitable evolución de las formas concretas de su estructura. En ella, el amor de los padres a los hijos no debe tender a una absorción de su personalidad, ni a constituir a la familia en un círculo cerrado, sino a educarlos en el amor a todos los hombres. Y es en familia donde se transmiten, más con el ejemplo que con la palabra, y sin necesidad de coacción alguna, los fundamentos de una concepción cristiana de la vida. En el cultivo de unas relaciones familiares profundamente inspiradas en el Evangelio, verán los miembros de la Asociación otra de las dimensiones básicas de su espiritualidad.

10.—Uno de los grandes descubrimientos de nuestro tiempo es que la conducta humana está profundamente influida por las estructuras sociales que determinan las condiciones de vida de cada persona. De aquí que sea hipócrita proclamar la exigencia de una conducta moral, sin procurar, al mismo tiempo, la mejora de las estructuras sociales que la hacen posible: «Nadie puede conformarse con una ética meramente individualista» (*Gaudium et Spes*, n. 30). Jesús anunció que el juicio definitivo del hombre dependerá de si dió de comer al hambriento, de beber al sediento, vistió al desnudo y visitó al encarcelado (*San Mateo*, 25, 31-46). También afirmó repetidamente el deber de la limosna. Con ello nos dijo que el estado de miseria no es bueno para el hombre, y que todos estamos obligados a remediarlo. Nuestros conocimientos actuales nos han enseñado que la miseria de millones de hombres depende en gran medida de que la comunidad internacional y nacional adopte estructuras económico-sociales cada vez más justas. Todos los miembros de la Asociación, por su vocación general cristiana y por su vocación específica a la misma, han de ver en el decidido y riesgoso esfuerzo por mejorar dichas estructuras una de las tareas fundamentales de su espiritualidad propia.

11.—La Asociación cree que, para la proyección del mensaje cristiano a la vida temporal, es mucho más eficaz el testimonio, que el uso del poder. Testimonio de servicio, a los hombres, de desprendimiento, de generosidad, de austeridad, de fraternidad, de lucha por la verdad y la justicia para todos. El cristiano aspira, tanto en la vida

cabe aproximarse siempre más, pero que nunca se alcanza del todo de aquí que los cristianos sean siempre, en el seno de la comunidad humana, un fermento de renovación, y no un factor de conformismo.

12.—Ciertamente que un cristiano puede sentirse llamado por Dios al desempeño de un puesto de autoridad. Pero en tal caso

— deberá analizar cuidadosamente, a la luz de la oración, si le mueve un auténtico deseo de servir mejor a sus conciudadanos, o una simple ambición personal;

—habrá de preguntarse si los condicionamientos que influyen en dicho cargo le van a permitir una actuación verdaderamente renovadora;

— tendrá que buscar apoyo en una vida cristiana más profunda contra las tentaciones inherentes al ejercicio del poder, muy en especial, las tentaciones de cobardía y de colaboración directa a la injusticia.

13.—La Asociación no ejercerá nunca una acción política; sino que formará a sus miembros para que cada cual, en la modalidad acorde con su propia vocación, y eligiendo libremente aquellas soluciones que le parezcan más eficaces en la coyuntura en que el mundo y su propio país se hallen, contribuya a la progresiva mejora de las instituciones y estructuras sociales.

14.—La Asociación excluye formalmente todo espíritu de grupo; sus miembros nunca se guiarán en la elección de personas para un puesto de autoridad profesional o social por su posible pertenencia a la Asociación, sino únicamente por las cualidades que las hagan más idóneas para el mismo. Rechaza igualmente, claro está, todo espíritu partidista en el seno mismo de la Asociación, cuyos miembros no se moverán jamás en la designación de sus dirigentes por simpatías o afinidades personales, sino sólo por el convencimiento de elegir al más apto.

15.—Por su carácter eclesial privado (es decir, sin mandato ni presentación de la Jerarquía) la Asociación puede, de acuerdo con la opinión mayoritaria de sus miembros, proponer las líneas generales de una aplicación de la doctrina de la Iglesia a situaciones concretas, y puede igualmente enjuiciar desde ese punto de vista leyes e instituciones. Tales propuestas no podrán referirse nunca a cuestiones estrictamente políticas o técnicas, ni irán en menoscabo de la total libertad de los miembros de la Asociación para escoger entre las soluciones económicas, sociales y políticas no contrarias al pensamiento cristiano aquellas que consideren más eficaces para un perfeccionamiento de las estructuras públicas en cada momento de la historia.